

¡A la China mandarina!

Rosa Huertas

alta
mar



 Bruño



¡A la China mandarina!

Rosa Huertas



Ilustración Cuchu

B Bruño

Puedes encontrar el **Taller de lectura**
en **www.brunolibros.es**

© Del texto: Rosa Huertas
© De las ilustraciones: Sònia González

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2023
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Edición: Bárbara Fernández
Diseño de cubierta e interiores: Gerardo Domínguez
Preimpresión: Alberto García

ISBN: 978-84-696-6831-3
Depósito legal: M-245-2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione su procedencia.

Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Rosa Huertas

La autora

Soy profesora y escritora, aunque no sé en qué orden.

Siempre me gustó narrar cuentos y, sobre todo, contar historias de miedo. Mi hijo asegura que he traumatizado a generaciones con mis relatos de terror, ¡y eso que soy muy muy miedosa!

Me encanta leer y buscar en la realidad lo mismo que leo en los libros. A veces, los personajes se escapan de las novelas y puedo encontrarme a mis protagonistas paseando por las calles del barrio.

Necesito la luz del día para escribir, por la noche no me salen las palabras, y por eso me gusta ma-
drugar. Me levanto cuando ya ha amanecido para sentarme a contar mis historias.

Lo que más me gusta de escribir un libro es encontrarme luego con los lectores para hablar sobre él. Es como compartir un mundo que antes solo estaba en mi imaginación.

Para ti

Te voy a contar varios secretos de esta novela. En mi calle hay una zapatería donde compro muchas veces. Allí conocí a Jorge y a su madre. El niño, cuando era un bebé, pasaba horas en la tienda; se portaba muy bien y era una preciosidad. Luego creció y se fue al cole con sus amigos.

Cuando escribía esta historia tenía un alumno en clase que se llamaba Nicolás y que se parece al personaje de la novela. Todos los días me preguntaban sus compañeros cuándo se iba a publicar el libro de Nicolás. Pues aquí está, por fin.

Mi amiga Dong me invitó a conocer a los alumnos de la academia Hua Yuan. Me gusta visitarlos cada año y me hace ilusión que aparezcan en esta novela. Escribiéndola he aprendido muchas cosas sobre China, el País de las Maravillas.

Rosa Huertas

*A Dong y a todos los alumnos de la academia,
que me reciben siempre con tanto cariño.*

El Chino Cordones

Kumpey nació dentro de una caja de zapatos. Eso pensaba él, pues sus padres tenían una pequeña zapatería y él pasó sus primeros años allí metido, entre cajas, calzado y bolsos de plástico.

Apenas lo sacaron a pasear al sol y aprendió a caminar tarde, ya que para sus padres era más tranquilizador que permaneciera en el carrito sentado en lugar de andar liándola por la tienda, entre los clientes. Por eso Kumpey tenía la cabeza algo aplastada por detrás, su cráneo había adoptado la forma

del cochecito donde pasó meses y meses tumbado.

Como apenas podía mover las piernas, aprendió rápido a usar las manitas. Sus primeros juguetes fueron unos cordones de zapatos, con los que enseguida aprendió a hacer nudos de diversos tipos y trenzas largas y enlazadas. Desde muy pequeño le encantaban las madejas de lana,



se volvía loco por un trozo de cuerda y enseguida se convirtió en un experto en anudar, trenzar, liar y atar.

Aprendió a vivir en silencio. Sus padres le hablaban en chino, pero hasta sus oídos llegaban las conversaciones en español con los clientes. Su idioma era una mezcla rara de las dos lenguas hasta que, a los tres años, su mundo cambió de golpe y para siempre. Llegó el momento de ir al colegio.

El primer día, de camino a la escuela de la mano de su padre, sintió un poco de miedo. ¿Qué le esperaba en el cole? ¿Con quién se encontraría? ¿Sería el cole un lugar cerrado como la zapatería?

—Estarás con muchos niños —le dijo su padre en chino al cruzar la calle—. Te lo vas a pasar muy bien y aprenderás muchas cosas. Apréndete el camino pronto, así no tendré que dejar la tienda para ir a recogerte. Está muy cerca.

¿En qué idioma hablarían los niños del colegio? La respuesta era fácil, seguro que no era en chino, y su vocabulario en español era muy reducido. Entonces, ¿qué iba a pasar?

—Sé obediente y haz caso a la maestra —continuó el padre.

—¿Y si no entiendo lo que me dice? —preguntó el niño, angustiado.

—Ella ya sabe... —Su padre no acabó la frase—. Te tratará muy bien, ya lo verás.

—Ella ya sabe... ¿chino? —quiso suponer Kumpey.

—¡No! —rio el padre—. Ella sabe que tienes que aprender español porque aún lo entiendes poco, pero no será difícil, ya lo verás. En la escuela puedes usar tu nombre español, allí serás Jorge.

—¡Vaya lío esto de tener dos nombres!

Rieron juntos con los ojillos casi cerrados. De momento, salir de la



ZAPATERÍA SUERTE



zapatería y de casa ya era una liberación. El piso donde vivían era interior y bastante oscuro.

Ya había amanecido y la luz inundaba el barrio, solo eso ayudaba a Kumpey a ser más feliz. Pero ¿y si la escuela era un lugar tan poco luminoso como su casa y la tienda? Eso era lo que más le preocupaba, más que los otros niños, más que el idioma que no dominaba. Para calmar el nerviosismo, se puso a anudar los cordones que llevaba en el bolsillo usando una sola mano.

Enseguida llegaron al colegio. Un enjambre de niños se agolpaba en la puerta, la mayoría acompañados por sus madres. Kumpey se aferró a la mano de papá. Había mucho ruido, mucho más que en la zapatería, pero no era desagradable, al contrario, le gustaba aquel alboroto, era más divertido que el silencio de la tienda.

El padre le soltó la mano.

—Vamos, ya han abierto, entra.

Verás cómo te gusta.

No necesitaba decirle que se portara bien. Kumpey jamás se había portado mal, no había tenido ocasión. Además, le habían inculcado desde niño el respeto a los demás, propio de su cultura.

El niño avanzó sin mirar atrás. Temía encontrarse con un lugar oscuro, pero dentro de la escuela brillaba la luz por todas partes: había altos ventanales, pasillos anchos, paredes de colores vivos. Era una fiesta de luminosidad. Kumpey no sabía hacia dónde mirar.

Una profesora, que le pareció grande como una montaña, apareció ante él.

—Tú debes de ser Jorge —le dijo mirándolo a los ojos.

El niño comprendió sus palabras.

—Yo soy Aurora, vendrás a mi clase. Y no te preocupes, enseguida aprenderás

el idioma, siempre pasa. No eres el primero que llega al cole hablando otro idioma. Los demás niños te enseñarán más que yo.

La mujer rio con una carcajada tan sonora que asustó un poco a Kumpey. No había entendido bien todo lo que le había dicho, pero parecía simpática.

Enseguida entraron los demás alumnos. No lo miraban con demasiada extrañeza, en el barrio había muchos niños chinos como él, pero cuando lo veían con esa cara tan redonda le pellizcaban los mofletes, y a veces le hablaban tan deprisa que no entendía qué le estaban contando.

Kumpey aprendió a defenderse sin poner la mano encima a nadie. Sabía atar los cordones de los zapatos de sus compañeros sin que ellos se dieran cuenta, mientras estaban sentados en clase. Él se escabullía bajo las mesas,

y a uno que lo había pellizado demasiado fuerte, le anudó los cordones de las dos zapatillas deportivas.

Cuando se fue a levantar, su compañero se cayó al suelo. Al principio no sabía quién había sido, pero Kumpey —como le llamaban en clase casi todos, porque había otros tres alumnos que se llamaban Jorge— empezó a demostrar su habilidad para atar y trenzar. Y los dejaba a todos pasmados.

También sabía pegar monigotes en la espalda de los demás sin que se enterasen, era silencioso como un gato. Con el tiempo, resultó ser un chaval bromista y divertido que sonreía siempre, sobre todo cuando no estaba en la tienda.

Un día ató un minúsculo cartel a un avión de papel que logró atravesar volando toda la clase. En el papel decía: «Kumpey, el mejor». Así logró ganarse para siempre el respeto de sus compañeros, que además

dejaron definitivamente de llamarle Jorge y aprendieron su nombre chino.

Se corrió la voz por el colegio y hasta en los cursos de los mayores conocían su habilidad, tanto que había quien le pedía que le trenzase una pulsera o quien le reclamaba para repetir la broma del avión en clase de Matemáticas. Algunos empezaron a apodarlo el Chino Cordones y, al final, sus dos nombres quedaron casi en el olvido.

Kumpey también era bueno arreglando las cosas que se rompían. Logró hacerse amigo de Nicolás el día que a este se le rompieron las gafas y él fue capaz de recomponerlas usando una cuerda fina, pegamento y sus manos. Y también restauró el bote de lápices de la profe, que se había roto en mil pedazos al caerse al suelo.

Kumpey era feliz en el colegio, y no solo gracias a su habilidad. Le gustaban

la luz que entraba por las ventanas, las voces de sus compañeros, lo que aprendía, el idioma (que ya dominaba) y hasta la comida del comedor escolar, de la que los demás niños renegaban.

Por las tardes se entretenía demasiado antes de volver a la oscuridad y el silencio de la zapatería, donde se encerraba en un rincón a hacer los deberes. Allí, a la vista de los clientes de la tienda, protestaba bajito. No le disgustaban las tareas, pero le fastidiaba tener que trabajar sin luz, sin ruido y sin amigos.

Ahí dentro se convertía en un niño cabizbajo y serio, prefería estar fuera. Por eso, si le mandaban hacer un recado, él iba contento. Cuando salía, saltaba por encima de los bancos de la calle y se subía a los bolardos para hacer equilibrios: juntaba las manos sobre